



Una Pequeña Ofrenda



Jerónimo era un niño con el corazón lleno de curiosidad. Vivía entre verdes montes y anchos valles. Nunca había visto a Jesús, pero todos hablaban de Él: de sus palabras bondadosas y de las cosas increíbles que hacía.



Un día, mientras caminaba, Jerónimo vio a lo lejos una nube de polvo que se acercaba. ¡Era una multitud de personas! Todos iban en la misma dirección, hablando con entusiasmo.



—¿A dónde van?— preguntó Jerónimo. —¡Vamos a ver a Jesús! — respondió un hombre con una gran sonrisa. El corazón de Jerónimo dio un brinco de emoción. Él también quería verlo. ¡Así que se unió a la multitud!



Caminaron y caminaron hasta llegar a un lugar hermoso, junto a una colina. Allí, sentado sobre una roca, estaba Jesús, con sus amigos (los discípulos). Y la multitud se sentó a Su alrededor.



Jesús comenzó a hablar. Sus palabras eran como miel dulce. Eran sobre el amor, el perdón y el Reino de Dios. Jerónimo, como todos, no podía dejar de escucharlo. El tiempo voló sin que nadie se diera cuenta.



Se hizo muy, muy tarde. Andrés, uno de los discípulos de Jesús, se acercó a Él preocupado. — Señor, ya es tarde. Esta gente tiene hambre, ¡pero no tenemos nada para darles de comer!—



Jesús miró a Andrés con amor y le dijo: —Denles ustedes de comer.— ¡Pero Andrés y los otros discípulos se miraron, muy confundidos! Era imposible, no tenían ni un solo pan para todos.



Pero de pronto, un niño salió de la multitud. Era Jerónimo. Abrió su pequeña bolsa y dijo tímidamente: —Yo solo tengo cinco panes de cebada y dos peces pequeños. ¡Es todo lo que tengo!—



Jesús tomó el pequeño almuerzo de Jerónimo, lo elevó al cielo, dio gracias a Dios y pidió a Sus amigos que lo repartieran. ¡Y el milagro sucedió! El pan y el pescado no se acababan. Todos comieron hasta estar completamente satisfechos.



¡Cinco mil hombres comieron ese día, sin contar a las mujeres y los niños! Este gran milagro nos enseña que, con ese poco que le damos a Jesús, Él puede hacer cosas maravillosas. También representa la Eucaristía, que nos alimenta el alma para que podamos ir al Cielo.

